

agenda
cultural

UNIVERSIDAD

ALMA
DE ANTIOQUIA
MATER



n°127 diciembre 2006 ISSN 0124-0854

Tiempo de fabular



Cine colombiano y formación de públicos

Por: Carlos Alfonso López Lizarazo*

A propósito de la nueva versión del Festival de Cine de Santa Fe de Antioquia (diciembre 6 al 10 de 2006), que en esta ocasión tiene como tema central “Cine y poder”, es conveniente una reflexión acerca de la relación entre cine colombiano, formación de públicos y el festival mismo.

A primera vista se puede pensar y exigir que sólo sea posible hablar de festivales y de cine colombiano en nuestro país desde la intención de una programación que gire en su totalidad alrededor de las películas producidas en Colombia y a partir del estudio de sus contextos industriales y artísticos. No obstante la validez de esta intención, aunque vista con cautela, se hace definitivo considerar que la formación cinematográfica es un propósito atado a la identidad cultural y a la formación artística del ciudadano. Un ciudadano tratado como ser humano, con obligaciones y deberes, articulado a un proyecto democrático y de nación que impulse la vida, la libertad, la equidad, la tolerancia, la fraternidad. Esto significa que el cine, en tanto que fenómeno artístico e industrial, no sólo

atañe a los aficionados y a los estudiosos, sino que es, principalmente, un acontecimiento social que involucra a todos y que constituye un factor real del desarrollo humano.

Lo anterior significa volver a plantear la idea de que hablar de cine no significa, únicamente, pensar en producir películas. El cine compromete y exige esfuerzos que dan cuenta de la exhibición, la distribución, la investigación, el patrimonio cultural, el arte, la educación y la formación. El cine permite al ciudadano, no es nuevo decir esto, acercarse a otras formas de vida y a distintas improntas culturales. Pues en la diversidad cultural y en su reconocimiento se valora y compromete la identidad propia. De ahí que al propiciar el encuentro de los ciudadanos con la obra cinematográfica, no sólo se aprovecha la reproducción técnica, sino que se posibilita el encuentro con la visión artística que un colectivo o un autor proponen. Una visión que puede o no ser compartida por cada espectador y, lo más interesante, que puede ser debatida por todos.

Con las premisas señaladas y entendiendo el cine como el arte de nuestro tiempo, nos encontramos con que la película o las películas, en el encuentro con el espectador, con el ciudadano, ofrecen una doble condición que las hace, bien importantes para todos, o peligrosas para el orden establecido. Las películas son, por ejemplo, objeto de conocimiento en sí mismas, en la medida en que pueden invitar a diversos análisis y reflexiones a partir de sus condiciones técnicas y artísticas (fotografía, montaje, sonido, interpretación actuarial, etc.), sea que hagan evidente o no el dominio del arte y de los lenguajes cinematográficos, en tanto son textos susceptibles de volver a ellos una o muchas veces.

De igual manera, las películas son el pretexto para trabajar temáticas oportunas para la vida diaria, para el arte o para la industria. Hablar por ejemplo de “La provincia en imágenes”, “La conquista y la colonia”, “La memoria y el olvido”, “El cine latinoamericano”, “El cine oriental”

—temas abordados en el Festival de Cine de Santa Fe de Antioquia—, funciona para informarse de producciones diversas y pensamientos variados, pero sobre todo de obras para *conocer* el mundo y la vida. Hace válida la obra cinematográfica para pensar nuestros propios problemas.

Desde la utilidad del conocimiento, es entonces benéfico asistir a la diversa programación que un festival de cine puede presentar, en tanto totalidad con una intención ideológica y política y desde una mirada estética, y la ideología y la política tomadas como asuntos esenciales del ser humano que vive en sociedad y que se mueve en la cultura. Esto quiere decir que la asistencia a un festival significa transitar del *ser asistente-consumidor*, al de *ser participante*, es el compromiso del ciudadano, es el reto para el organizador.

No se trata de consumir películas, se trata de mirar películas. Mirar como ejercicio crítico y participativo de quien asiste a la proyección de las imágenes en movimiento. De esta manera, es importante integrarse a otros momentos que el festival diseña, y en ese sentido es valioso preguntarse si un festival carece o no y por qué, de otros momentos y escenarios que apunten al sentido final de su propuesta. Un festival, como escenario de *interacción*, que no propicie justamente esa interacción y no la potencie, no vale la pena estar en él. La interacción que puede develar, para todos, causas y consecuencias del cine en un país como el nuestro.

*Carlos Alfonso López Lizarazo. Magíster en
Educación, Especialista en Dramaturgia y

Comunicador Social-Periodista. Miembro del
Consejo Departamental de Cine.

El espíritu del crisantemo

Por Pu Songling



Ma Zicai, oriundo de Pekín, descendía de un antiguo linaje de amantes de los crisantemos¹, a quienes superó en su pasión por dichas flores. Si le llegaban noticias de una planta fuera de lo común, no tenía ningún inconveniente en viajar mil kilómetros para comprarla. Un día, a un visitante procedente de Nankín se le ocurrió mencionar que un primo suyo en el norte tenía una o dos especies desconocidas. Lleno de gozo, Ma hizo las maletas de inmediato y emprendió viaje en su compañía a Nankín, donde tras reiteradas súplicas y solicitudes consiguió dos tallos. Después de envolver bien sus tesoros, Ma emprendió el regreso.

En el camino dio alcance a un apuesto joven que montaba en burro detrás de un colorido carruaje. Comenzaron a conversar; el mozo,

que dijo llamarse Tao, tenía un modo de hablar distinguido. En el momento en que supo de donde venía Ma, comentó:

—No hay tal cosa como crisantemos de mala calidad. Todo depende del jardinero.

Ma, entusiasmado, intercambió opiniones sobre métodos para cultivar crisantemos y preguntó al joven hacia dónde se dirigía.

—Mi hermana se cansó de Nankín, —le contestó—.Queremos radicarnos en el norte.

—Soy un hombre pobre pero tengo espacio de sobra en mi cabaña, —propuso Ma—.Si no les molesta un sitio demasiado humilde, no deben preocuparse por conseguir otro alojamiento.

Tao se acercó al carruaje para consultar a su hermana, y cuando descorrió la cortina para hablarle, Ma vio una hermosa muchacha de



unos veinte años. Con la mirada fija en su hermano, le dijo:

—No tengo ningún inconveniente con un alojamiento modesto, siempre y cuando el patio sea amplio. Ma les aseguró que así era, y lo acompañaron de regreso.

En un baldío detrás de la casa de Ma se levantaba una casita rústica; a Tao le encantó el lugar, y allí se acomodaron. Todos los días se dirigía al patio del frente de Ma para cuidar los crisantemos, y podía revivir una planta marchita arrancándola y sembrándola de nuevo. Él y su hermana vivían con moderación; sin embargo, todos los días compartían los alimentos con Ma, y, según parece, nunca cocinaban en su propia cocina. La esposa de Ma, descendiente de la familia Lu, se encariñó con la hermana de Tao, y con frecuencia les enviaba algunas raciones de arroz. La hermana, Huang Hua, era una compañía sumamente amena que con frecuencia se aparecía en la casa de la señora Ma. Las dos se sentaban juntas a coser.

Un día, Tao le dijo a Ma:

—Tu familia no tiene muchos medios, mi amigo; sin embargo, nosotros estamos aquí importunándolos todos los días con la comida. Esto no puede seguir así. Tengo la idea de comenzar a vender crisantemos para ganarme la vida.

El riguroso sentido moral de Ma hizo que se ofendiera con el comentario. —Creí que eras un sabio altruista, complacido con la pobreza —le dijo—. ¡Este proyecto tuyo de comerciar con crisantemos es un insulto a la flor!

—Trabajar para ganarse la vida no es avaricia —le replicó Tao sonriendo—. Vender flores no es algo de lo que haya que avergonzarse. No cabe duda de que los hombres no deben entregarse a la búsqueda de la riqueza, pero tampoco es necesario que se empeñen en la pobreza.

Como Ma no dijo nada, Tao se levantó y se fue. Después del incidente, se llevó los ramitas rotas y las plantas defectuosas que Ma desechaba, y sólo volvió a ir a comer donde su amigo con invitación previa.

Cuando los crisantemos estaban a punto de florecer, para sorpresa de Ma, el alboroto en el portal de Tao era como el de un mercado. Fue a mirar, y vio que la gente del pueblo compraba flores. Entraban por cantidades, uno tras otro, y cargaban las plantas o las llevaban en carretas; unos ejemplares excepcionales que Ma nunca antes había visto. Disgustado por el comportamiento materialista de Tao, Ma quiso pelearle, aunque deseaba con desesperación algunas de esas plantas extraordinarias. Fue a la puerta de Tao para

hacerle un comentario hiriente; en ese momento, el joven salió, lo tomó de la mano y lo condujo adentro. Sólo entonces, Ma se dio cuenta de que los trescientos metros cuadrados de terreno baldío se habían convertido en un vivero donde no quedaba ni un centímetro de tierra sin aprovechar. De las plantas que desenterraban para desechar, Tao sacaba estacas para plantar, y todas las flores en su parcela daban unos ramilletes espléndidos. Al examinarlos con mayor atención, Ma se dio cuenta de que eran las plantas que había arrancado y botado.

Mientras tanto, Tao fue adentro a traer vino y comida, los que dispuso cerca de las flores. — La pobreza terminó con mis elevados principios —bromeó—. En estos últimos días he ganado suficiente para invitarte a un trago.

En ese momento, su hermana lo llamó desde la casa, y Tao entró para después regresar con algunos manjares.

Ma le preguntó:

—¿Por qué tu hermana nunca se ha casado?

—Todavía no es el momento —le dijo Tao.

—¿Cuándo será?

—Dentro de cuarenta y tres meses.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Tao sonrió sin contestar, y después de compartir un rato agradable, se marcharon.

Al día siguiente, cuando Ma volvió, para su sorpresa se dio cuenta de que las estacas enterradas el día anterior ahora medían más de treinta centímetros. Se empeñó en que le contaran cómo habían hecho.

—Es un secreto, —le respondió Tao—. De todos modos no lo necesitas para ganarte la vida.

Algunos días después, cuando la clientela disminuyó, Tao envolvió las flores en esteras de paja, las cargó en carretas y se marchó. Regresó al año siguiente, casi a mediados de la primavera, trayendo carretadas de flores exóticas del sur. Abrió una floristería en la capital, vendió todo en diez días y regresó a casa para cultivar más crisantemos. Los que le habían comprado flores el año anterior y las habían conservado, le contaron a Ma que las plantas se habían secado en la siguiente estación. Así que regresaron a comprar más, y Tao se volvió cada vez más y más rico. El año siguiente, su hermana y él ampliaron la casa; un año después, construyeron una mansión. Hacían lo que querían sin tener que pedirle ayuda a Ma. A estas alturas, las eras de flores llenaban el patio, así que compraron otra parcela y la cercaron para sembrar crisantemos. Ese otoño, una vez más, Tao se

llevó todas las plantas, y no había regresado a finales de la siguiente primavera, cuando la esposa de Ma se enfermó y murió. Ma quería casarse con la hermana de Tao, Huang Hua, pero cuando fue a proponérselo, aunque la muchacha se sonrió como si no le disgustara la idea, le dijo que tenía que esperar hasta que su hermano regresara.

Transcurrió más de un año, sin embargo, y Tao no regresaba. Huang Hua hizo que su servidumbre sembrara crisantemos tal como Tao acostumbraba, y el dinero continuó fluyendo en cantidades. Compró cien hectáreas en las afueras del pueblo, y procuró que la casa fuera aún más espléndida. Fue entonces cuando un amigo del oeste de Guangdong llegó con una carta de Tao para Ma, pidiéndole que se casara con Huang Hua. Estaba fechada el día en que la esposa de Ma murió; exactamente cuarenta y tres meses, recordó después del banquete, en el jardín. Asombrado, le mostró la carta a Huang Hua y le preguntó: — ¿A dónde debo enviar los regalos de boda? Pero ella se negó a aceptar cualquier regalo, y como la casa propia de Ma estaba deteriorada, lo instó a que se mudara a la suya. A lo que Ma, sin embargo, no estaba dispuesto. Así que eligieron una fecha propicia y se casaron como Dios manda.

Después del matrimonio, Huang Hua hizo que abrieran una puerta en la pared que daba a la

casa de atrás, la que cruzaba todos los días para controlar a la servidumbre. Avergonzado por vivir a costa de su esposa, Ma le dijo que llevara las cuentas de ambas casas por separado, pero ella continuó trayendo todo lo necesario de la casa más grande, hasta que, en menos de medio año, la casa de Ma se llenó con las pertenencias de Tao. Ma ordenó a sus hombres devolver hasta el último artículo, pero no pasaron diez días antes de que todo estuviera revuelto otra vez. Esto ocurrió varias veces, hasta que la desesperación de Ma fue total.

Huang Hua se reía y bromeaba:

—¿No estás cansado de ser pobre y honrado?

Esas palabras hicieron que Ma se avergonzara, se abstuviera de quejarse, y dejara todo en manos de su esposa, que enseguida trajo obreros y materiales para iniciar la remodelación, que su esposo no pudo detener. En cuestión de meses, los dos edificios quedaron unidos por nuevas construcciones. Sin embargo, por solicitud de Ma, Huang Hua dejó de vender crisantemos; aún así, vivían con mayor elegancia que las familias ricas y tradicionales. Ma no se sentía bien con esta situación y se quejó:

—¡Durante treinta años he sido pobre y honrado, pero mírame ahora! Estoy pegado a tu falda. ¡Esto no es vida para un hombre!

Todo el mundo sueña con la riqueza, pero yo quisiera volver a ser pobre.

—No me debes tildar de codiciosa —le respondió Huang Hua. A menos que tenga alguna fortuna, me temo que la gente dirá que los descendientes de Tao Yuanming² están condenados a la pobreza, que ni siquiera después de cien generaciones pueden vivir con comodidad. Es mi deber lograr que no se sigan burlando del poeta de la familia. Sin embargo, es difícil que un pobre se enriquezca, pero es bastante sencillo que un rico se empobrezca. Puedes dilapidar todo tu dinero si quieres. Por eso no me voy a resentir.

—No hay nada más vergonzoso que dilapidar el dinero de otro.

—Tú no quieres ser rico y yo no puedo aguantar la pobreza. ¿Entonces por qué no vivimos separados? Una vida austera y pensamientos de alto vuelo para ti, y las comodidades mundanas para mí; ¿Qué te parece?

Entonces construyeron una choza de paja en mitad del jardín, y Huang Hua seleccionó del servicio algunas criadas bonitas para que atendieran allí a su esposo. Al principio, estaba completamente contrariado, pero al cabo de pocos días comenzó a extrañar a su mujer; cuando la invitaba ella no iba, así que se vio forzado a visitarla y no pasó mucho

tiempo antes de que comenzara a aparecer en su casa día de por medio.

Entonces Huang Hua le tomaba el pelo diciendo:

—¡Sin duda que ningún hombre con escrúpulos come en una casa y duerme en otra!

Ma también se reía y no le contestaba, así que de nuevo comenzaron a vivir juntos.

Entonces Ma fue a Nankín en viaje de negocios; llegó allí en otoño cuando los crisantemos florecen. Una mañana, cuando pasaba por una floristería, vio un imponente arreglo floral y se preguntó si sería obra de Tao. Un instante después salió el dueño, y era Tao. Muy felices, hablaron de todos los acontecimientos desde que se habían separado, y Ma pasó allí la noche. Le rogó a Tao que regresaran juntos, pero su cuñado le respondió:

—Nankín es mi hogar. Me casaré y me estableceré aquí. He ahorrado una pequeña cantidad que quisiera entregar a mi hermana. A principios del año próximo los visitaré por unos días.

Por supuesto que esto no era lo que Ma quería escuchar, así que insistió:

—Ahora nuestra familia es adinerada. Podemos sosegarnos y tomar las cosas con calma. No hay necesidad de que sigas trabajando. Ma se quedó allí y les dijo a los dependientes de la tienda que rebajaran los precios, así que todas las flores se vendieron en pocos días. Luego hizo que Tao empacara y contrataron un barco para ir al norte. Cuando llegaron a la casa, Huang Hua tenía todo listo: habitaciones, cama, sofá, ropa de cama, como si supiera por anticipado de la llegada de su hermano.

Después de que Tao regresó, tan pronto como desempacó y realizó amplias reformas en el jardín, pasaba todo el tiempo jugando ajedrez y bebiendo con Ma. No hacía nuevas amistades. Cuando Ma se ofreció para encontrarle esposa, se negó. Así que su hermana le envió dos criadas para que lo acompañaran, y después de tres o cuatro años tuvo una hija.

A Tao le gustaba el vino, pero no emborracharse. Así que un día, cuando Ma recibió la visita de un amigo llamado Zeng, otro excelente bebedor, los instó a ambos a competir. Bebieron y se divertieron, deleitándose con la mutua compañía. Bebieron desde las diez de la mañana hasta las dos del otro día, lapso en el que cada uno acabó cien vasijas de vino. Entonces Zeng, que estaba completamente borracho, se

durmió en la mesa del vino, mientras Tao regresaba a su cuarto. Conforme se tambaleaba, tropezó con una era de crisantemos, cayó, se rasgó las ropas y comenzó a echar raíces y a convertirse en un enorme crisantemo tan grande como una persona, con docenas de flores del tamaño de un puño. Completamente pasmado, Ma fue a contarle a Huang Hua, que vino a la carrera a desenterrar el crisantemo. Lo dejó sobre el suelo, mientras exclamaba:

—!Cómo te emborrachaste tanto! Luego cubrió la planta con algunos vestidos y le dijo a Ma que se fuera con ella y no mirara. En la mañana, cuando regresó, Ma encontró a Tao tirado cerca de la era de flores. El descubrimiento de que hermano y hermana eran espíritus de crisantemos no hizo más que afianzar el afecto y respeto que sentía por ambos.

Ahora que Tao se había delatado, bebía con mayor desafuero. Con frecuencia, le enviaba notas a Zeng para que lo visitara y los dos se convirtieron en amigos íntimos. En el festival de mediados de primavera conocido como el Natalicio de las Flores,³ Zeng llegó con dos sirvientes que cargaban un garrafón de licor con una infusión de yerbas medicinales. Desafió a Tao para que lo acabaran en compañía. Cuando estaban a punto de terminar el garrafón —no parecía que se hubieran enfermado—, Ma, sin hacer ruido, lo

llenó con más vino que también acabaron. Zeng terminó completamente borracho, y sus sirvientes lo llevaron a casa, mientras que Tao cayó al suelo y otra vez se convirtió en crisantemo. Esto no tomó por sorpresa ni alarmó a Ma, que desenterró la planta tal como había visto hacer a su esposa, y esperó al lado para presenciar la transformación. Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, las hojas comenzaron a marchitarse y con gran preocupación fue a contarle a Huang Hua, que gritó consternada:

—¡Mataste a mi hermano! Ella corrió a mirar si las raíces se habían secado. Oprimida por el sufrimiento, cortó el tallo y enterró la raíz en una matera, que llevó a su cuarto y regó todos los días. Ma estaba temeroso y arrepentido, y furioso con Zeng, pero se enteró pocos días después de que Zeng también había muerto por beber en exceso. No pasó mucho tiempo antes de que el crisantemo en la matera germinara, y en nueve meses floreciera. Como tenía un tallo corto, flores blancas y aroma de vino, lo llamaron Tao el Borrachín. Se ponía muy lindo cuando lo regaban con vino. La hija de Tao creció y se casó con el hijo de una familia honorable, mientras que Huang Hua vivió hasta una edad muy avanzada, sin presenciar más hechos maravillosos.

Comentario del escribiente de estos acontecimientos prodigiosos: el mundo puede lamentarse cuando un hombre que tiene su

verdadero hogar entre las verdes colinas y las blancas nubes bebe hasta morir, aunque él mismo piense que su final es placentero. Tener una flor como esa en el patio es como tener la compañía de un buen amigo o una mujer hermosa. ¡Es la clase de flor que debo buscar!

*Traducción del inglés de Armando Ibarra Racines. Especialista en Traducción en Ciencias Literarias y Humanas, Universidad de Antioquia.

Notas

¹ El crisantemo es la flor más regalada en China para el Año Nuevo y es, de hecho, la flor nacional.

² **Célebre poeta del siglo IV muy aficionado a los crisantemos.**

³ La mitad del segundo mes de acuerdo con el calendario lunar.

El autor de “El espíritu del crisantemo” es Pu Songling (1640-1715), nativo de Zichuan, provincia de Shandong. Nacido en una familia de mercaderes pobres, esperaba ocupar un puesto oficial con el imperio. Como nunca lo logró, pasó su vida como tutor. Escribió cuatro volúmenes de ensayos, seis de poemas y un gran número de baladas populares. La historia que presentamos, como muchas de las historias que escribió, trata del amor entre seres humanos y seres sobrenaturales — fantasmas, duendes—, entre imágenes de espíritus de flores y hadas.

Tomado de *The Core of Chinese Classical Fiction*, ed. Jianing Chen, New World Press, China, Beijing, 1990, p. 327; “The Chrysanthemum Spirit”, pp. 360-365.

El hombre de nieve

Por Hans Christian Andersen



—¡Qué temblor siento! ¡Qué frío tan delicioso!, —dijo el hombre de nieve. —Y el viento, ¡cómo me anima con sus mordiscos! Y aquél, con sus grandes ojos fijos, ¡cómo mira! —hablaba del sol, que llegaba a su ocaso. —No me hará parpadear, sabré cuidar mis pedazos.

Se refería a dos grandes pedazos triangulares de teja que le servían de ojos; su boca era un extremo de un viejo rastrillo, que figuraba sus dientes.

Había nacido entre los aplausos de los niños, saludado por el sonido de los cencerros y los chasquidos del látigo de los trineos.

El sol desapareció, la luna llena surgió, grande y redonda, clara y magnífica en el aire azul.

—Ya lo tenemos al otro lado—, dijo el hombre de nieve. Creía que era el sol que reaparecía. ¡Ha dejado de lanzar sus miradas como dardos! Ahora, puede permanecer allí e iluminarme, para que yo

pueda verme. ¡Si yo, por lo menos, supiera desplazarme! ¡Me gustaría tanto desplazarme! Si pudiera hacerlo, me agradecería deslizarme sobre el hielo, como he visto que lo hacen los niños; pero no sé correr.

—¡Guau! ¡Guau! Ladró el viejo perro encadenado. Era un poco ronco, desde que era un perro faldero y se acostaba bajo la estufa. —¡El sol te enseñará a correr! Así le sucedió a tu antecesor el año pasado, y a su antecesor. ¡Guau, guau! ¡Todos desaparecieron!

—No te comprendo, camarada, —dijo el hombre de nieve. Aquél que está arriba, ¿me enseñaría a correr? —Se refería a la luna— Sí, es verdad, hace poco ha corrido, cuando lo miraba fijamente; ahora se desliza por el otro lado.

— No sabes nada, —dijo el perro encadenado— ¡acabas de ser construido! Lo que ves se llama la luna; lo que se ha ido

es el sol, y volverá mañana en la mañana, y te enseñará a correr por la zanja bajo el terraplén. Pronto cambiará el tiempo; lo percibo en mi pata izquierda trasera, siento punzadas. El tiempo va a cambiar.

—No comprendo nada, pero siento que es desagradable lo que él dice. Ése que miraba con intensidad y que se ha ido, el sol, como él lo llama, no es mi amigo, según me parece.

—¡Guau! ¡Guau! Ladró el perro encadenado, giró tres veces y entró en su casa para echarse a dormir.

En efecto, el tiempo cambió. Una niebla espesa y húmeda se extendió en la mañana sobre toda la región; al alba, hubo un poco de viento; el aire era glacial; la helada pasmaba, pero, ¡qué espectáculo cuando el sol salió! Todos los árboles y los arbustos estaban cubiertos de escarcha; parecía una selva de corales blancos, todas las ramas parecían sobrecargadas de flores de una blancura maravillosa. La infinidad de delgadas ramitas, que la abundancia del follaje impedía ver durante el verano, era visible ahora; era un encaje de tal blancura que un relámpago blanco parecía surgir de

cada rama. El sauce llorón temblaba al viento, estaba lleno de vida, como los árboles en verano. ¡Era un esplendor sin igual! Y cuando el sol brilló, qué resplandor, como si un polvo de diamantes hubiera sido esparcido sobre la Tierra; en la capa de nieve brillaban grandes diamantes, o podría creerse que ardían numerosas lucecitas, más blancas aún que la nieve blanca.

—¡Es un esplendor sin igual! —dijo una muchacha que paseaba por el jardín con un joven y se detuvo, precisamente, cerca del hombre de nieve para observar los magníficos árboles. En verano no tenemos un espectáculo tan bello, —dijo la chica— y sus ojos resplandecían.

—Ni un buen mozo como éste, —dijo el joven, señalando al hombre de nieve. —Es admirable.

La muchacha sonrió y saludó al muñeco con un movimiento de cabeza; luego, bailó con su amigo sobre la nieve, que crujió como si caminaran sobre almidón.

—¿Quiénes son esos dos? —le preguntó el hombre de nieve al perro guardián; tú eres

más antiguo en la casa que yo. ¿Los conoces?

—¡Sí, los conozco! —dijo el perro. —Ella me ha acariciado, y él me regaló un hueso. Yo no los muerdo.

—Pero ¿qué hacen aquí? —preguntó el hombre de nieve.

—¡Son noooo-vios! —dijo el perro encadenado. Van a su perrera a roer huesos.

—¿Y son tan importantes como tú y yo? —preguntó el hombre de nieve.

—Pertenecen a los amos, —dijo el perro. Cuando uno nació apenas ayer, sabe tan poco de esas cosas; ¡de eso me doy cuenta al escucharte! Soy viejo y estoy enterado de lo que aquí sucede; conozco a toda la gente de la casa, y hubo un tiempo en el cual no estaba aquí, expuesto al frío y encadenado, ¡guau! ¡Guau!

—El frío es delicioso, —dijo el hombre de nieve. ¡Cuéntame, cuéntame! Pero no es necesario que hagas sonar tu cadena, eso me desgarrar.

—¡Guau! ¡Guau! ladró el perro guardián. Fui un perrito, pequeño y amable, según decían; en ese tiempo, me acostaba sobre una silla de terciopelo en el interior de la casa; me montaba en las rodillas de los amos principales; me besaban el hocico y me limpiaban las patas con un pañuelo bordado; me llamaban “el niño mimado”, “la mascota”, pero crecí demasiado para ellos. Entonces, fui entregado al ama de llaves; ¡descendí al sótano! Desde donde estás, puedes ver su interior y la pieza donde yo era el amo; donde el ama de llaves, yo era el amo. No hay duda de que era un lugar más humilde que el del piso superior, pero mucho más agradable; allí no era manoseado, ni arrastrado por los niños, como me sucedía en el piso de arriba. Me alimentaban tan bien como antes, ¡y mejor! Tenía mi propio cojín, y, además, había una estufa que, en esta estación, ¡es lo más delicioso del mundo! Me acostaba debajo de ella y desaparecía. ¡Oh! Aún sueño con esa estufa. ¡Guau! ¡Guau!

—¿Una estufa es tan bella? —preguntó el hombre de nieve. ¿Es parecida a mí?

—¡Es todo lo contrario de lo que eres! Es negra como carbón, tiene un largo cuello y un horno de cobre. Se alimenta de madera, y el fuego sale por su boca. Hay que permanecer a su lado, al frente o debajo de ella. Es un infinito placer. ¡Desde donde estás, debes verla por la ventana!

Y el hombre de nieve vio, en efecto, un objeto negro bien bruñido, con un horno de cobre; el fuego resplandecía en su parte inferior. El hombre de nieve sintió una extraña impresión que no podía entender; era un sentimiento que no conocía, pero que todos los hombres conocen, cuando no son hombres de nieve.

—¿Y por qué la has abandonado? —preguntó el hombre de nieve. Pensaba que la estufa era un ser femenino. ¿Cómo has podido abandonar semejante lugar?

—Fui obligado a hacerlo, —dijo el perro. Me echaron y me encadenaron. Había mordido en la pierna al joven que me había quitado el hueso que yo roía. ¡Hueso por hueso!

Pero no me entendieron, y desde ese momento he estado encadenado y he perdido mi clara voz; escucha mi ronquera: ¡Guau! ¡Guau! Ése fue el fin.

El hombre de nieve ya no escuchaba; no dejaba de mirar el sótano del ama de llaves y su pieza, donde la estufa, apoyada en sus cuatro patas, parecía tan grande como el hombre de nieve mismo.

—Eso me estremece demasiado, —dijo el hombre de nieve. ¿No entraré nunca allí? Es un deseo inocente, y nuestros deseos inocentes deben ser satisfechos. Es mi mayor deseo, mi único deseo, y sería casi injusto no satisfacerlo. Es preciso que yo entre; es preciso que me apoye en la estufa, aunque tenga que romper el cristal de la ventana.

—¡Nunca entrarás allí! —dijo el perro encadenado, y si llegaras hasta la estufa, ¡sería tu fin, tu fin! ¡Guau! ¡Guau!

—Pensándolo bien, ya estoy acabado, dijo el hombre de nieve; creo que me parto en dos.

Durante todo el día, el hombre de nieve permaneció de pie mirando la pieza a través de la ventana; en el crepúsculo, la pieza se tornó más seductora, iluminada por la estufa con una dulzura que ni la luna ni el sol poseen; sólo la estufa puede iluminar así, cuando está cargada. Si abrían la puerta, la llama salía, como era su costumbre; flameaba, roja, sobre la blanca figura del hombre de nieve; el fulgor se extendía hasta su pecho.

—No puedo resistir, —dijo. ¡Qué bien se ve sacando la lengua!

La noche fue muy larga, pero no para el hombre de nieve, consagrado a sus fantásticos pensamientos, que se helaban hasta crujir.

Al amanecer, las ventanas del sótano se hallaban cubiertas de escarcha; lucían las más encantadoras flores de hielo que un hombre de nieve pudiese desear, pero éstas ocultaban la estufa. Los

cristales no querían descongelarse, el hombre de nieve no podía verla. Todo crujía; era un tiempo que debía agradarle, pero él no estaba contento. Podría y debería sentirse feliz, mas no lo era; le faltaba la estufa.

—Es una triste enfermedad para un hombre de nieve, dijo el perro encadenado; también he padecido un poco esa enfermedad, pero la he controlado, ¡guau! ¡Guau!... Ahora el tiempo va a cambiar.

Y el tiempo cambió: llegó el deshielo.

El deshielo creció, el hombre de nieve decreció. No dijo nada, no se quejó, y esto fue la verdadera señal.

Una mañana, el hombre de nieve se desmoronó. Una especie de palo de escoba quedó clavado en el lugar donde él había estado; alrededor de ese palo, los niños lo habían construido.

—Ya comprendo sus sentimientos, —dijo el perro encadenado. El hombre de nieve tenía un rascador de estufa en el cuerpo; era ese rascador lo que se agitaba en él; ahora, ahí está abandonado. ¡Guau! ¡Guau!

Y poco tiempo después, la gente también fue abandonada por el invierno.

—¡Guau! ¡Guau! —ladró el perro encadenado, y las niñas de la casa cantaron:

Brota, lirio, fresco y altivo,

Guarda, sauce, tu guante de lana,

Que canten la alondra y el cuco,

¡Trae, febrero, la primavera!

Como el cuco, entono mi canto,

Ven, sol, fuego de siempre, ven pronto.

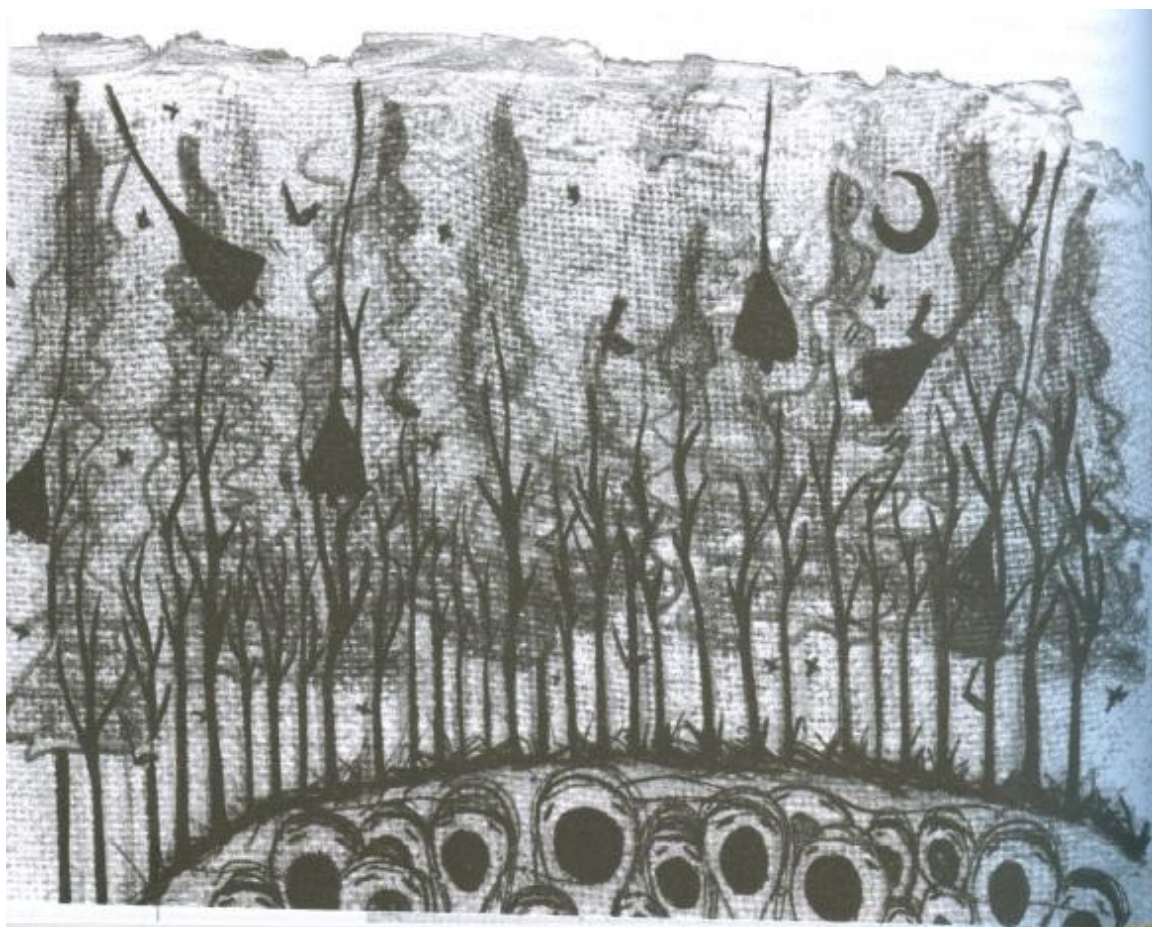
Y nadie pensaba ya en el hombre de nieve.

“El hombre de nieve” de Hans Christian Andersen (1805-1875), es tomado por el autor a manera de autobiografía, de historias populares que hacían parte de sus recuerdos de infancia en su nativa Dinamarca. Una vida desarrollada, dice el autor, como un cuento, reforzó los lazos entre la experiencia vivida y la elección de contar como modo de expresión, lo que da un sabor particular a sus cuentos. “El hombre de nieve” fue escrito por el autor para la lectura en voz alta, lo que lo acerca al teatro; de hecho, en su época, sus cuentos fueron declamados por actores en escena. “Los escribí tal como los había contado ya a los pequeños, de viva voz”, dice Andersen; de ahí el lenguaje, con frecuencia familiar y cercano a la forma oral. Tomado de *Andersen. Contes Choisis*, trad. De P.G. La Chesnais, Mercure de France, 1937, Gallimard 1987, pp. 7-32; “L’homme de neige”, pp. 277-285.

*Traducción del francés de John Jairo Gómez M., Especialista en Traducción en Ciencias Literarias y Humanas de la Universidad de Antioquia.

El lago de Flers

Leyenda tradicional de Normandía, recontada por Amélie Bosquet



Cerca de la ciudad de Flers hay un bosque, y en el bosque un estanque, o, más bien, un pequeño lago. Ese lugar es silencioso y aislado, y el reflejo de los grandes árboles tiñe la superficie del lago con matices tan sombríos que incitan a imaginar algún horrible misterio que se oculta, como un limo impuro, en el fondo de esas aguas inmóviles.

Hace muchos, muchos años, dice la tradición, existía en ese lugar un convento, fundado por un pecador penitente como expiación de sus pecados. Durante los primeros tiempos de la fundación, los monjes llevaron una vida tan santa, que los habitantes de la región vecina acudían en masa para ser instruidos con los piadosos ejemplos y las conmovedoras prédicas de los monjes. Pero el convento se hizo rico y suntuoso, y, poco a poco, los monjes abandonaron la estricta observancia de su regla. Poco tiempo después, la iglesia del monasterio fue

cerrada, los cánticos religiosos dejaron de resonar en sus bóvedas; una triunfante claridad ya no venía a iluminar sus sombríos vitrales y ya no se oía, de la campana de la oración, el tañido matinal que despertaba todos los corazones al amor de Dios. Por el contrario, el refectorio, animado con miles de luces, permanecía lleno en el día y en la noche; unos coros báquicos, en los que sobresalían voces femeninas, propagaban todos los ecos de su sacrílega armonía, y el escándalo de una loca ebriedad anunciaba al viajero y al peregrino, que pasaban ante la muralla del monasterio, que el santuario de la devoción y de la austeridad se había transformado en una Babel de impiedades y desenfrenos.

La víspera de la navidad, los monjes, en lugar de celebrar el oficio, se reunieron para una cena profana. Sin embargo, a la medianoche, cuando el monje campanero se hallaba sentado a la mesa

junto con sus cofrades, la campana, que siempre sonaba a esa hora para llamar a los fieles a la misa, comenzó a ejecutar por sí misma sus majestuosos repiques. Entonces, hubo un momento de silencio y de profundo estupor en el refectorio. Pero uno de los monjes más disolutos, intentando disipar ese terror glacial, rodeó con lascivo brazo a una mujer sentada a su lado, tomó un vaso con la otra mano y gritó con insolencia: “¿Oyen la campana, hermanos y hermanas? ¡Cristo ha nacido, bebamos a su salud!” Todos los monjes aceptaron su brindis y repitieron con aclamación: “¡Cristo ha nacido, bebamos a su salud!” Pero ninguno tuvo tiempo de beber: un relámpago flameante, como la espada de un arcángel, rompió los cielos, y el rayo lanzado por la mano del Altísimo cayó en el convento, que tembló y se hundió en un profundo abismo. Los campesinos, que habían acudido presurosos a la misa, sólo encontraron en el lugar del monasterio un

pequeño lago, desde el cual se oyó el tañido de las campanas hasta que sonó la campanada de la primera hora del día.

Dicen los habitantes de la región, que cada año, en navidad, se oyen agitarse las campanas al fondo del lago; y que sólo durante esa hora, cuando los monjes ejecutan el piadoso carillón, esos infelices condenados obtienen alguna remisión de los tormentos infernales que los consumen con sus más devastadores suplicios.

compilación excepcional de estas leyendas entre 1844 y 1845, entre las que encontramos la que presentamos aquí. Tomada de *Noël. Les plus beaux contes et légendes des provinces de France*, compilación de textos por Hélène Seyrès, L'Archipel 1992, pp. 225-227.

*Traducción del francés de John Jairo Gómez M., Especialista en Traducción en Ciencias Literarias y Humanas de la Universidad de Antioquia

“El lago de Flers” es una leyenda normanda, recontada por Amélie Bosquet (1815-1904). Normandía es una región situada al norte de Francia, cuyos habitantes se deleitan narrando historias de hadas, fantasmas y misterios sobrenaturales. Amélie Bosquet realizó una

The Year that has Ended

By Ahmad al-Mushari al-Udwani

Translated by Jeremy Reed

It wasn't a matter of numbers: twelve months
gone fleetingly with the revolving stars,
but a year of flesh and blood,
a chain from our life that's been unstrung
and slipped into the void.



Ever anew the sun will dazzle,
the constant moon quivering allure,
but our lives, our pains, our aspirations
are folded pages,
the dispersal of life
counted by a beginning and an end.

I wish we were like the months
which revolve with the stars,
all through the year,
and after each month to return again
and revive lovely memories.

El año que terminó

Por Ahmad al-Mushari al-Udwani

Traducido al inglés por Jeremy Reed

No fue un asunto de números: doce meses
que pasaron rápidamente al ritmo del giro de las
estrellas,
sino un año de carne y sangre,
una cadena de nuestra vida, desensartada
y caída en el vacío.

De nuevo el sol deslumbrará,
el encanto palpitante de la luna constante,
pero nuestras vidas, nuestros sufrimientos,
nuestras aspiraciones
son páginas dobladas,

la dispersión de la vida

contada por un comienzo y un final.

Me gustaría que fuéramos como los meses

que se mueven al ritmo de las estrellas,

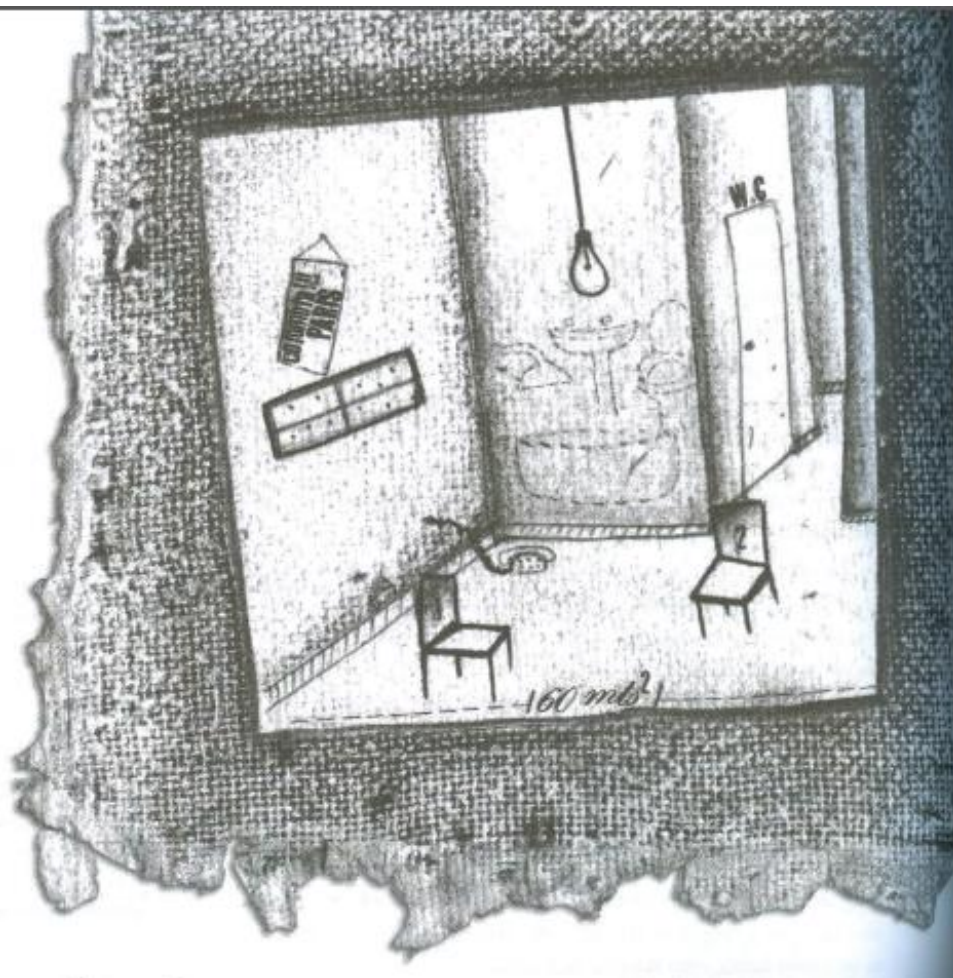
a lo largo del año,

y después de cada mes regresar de nuevo

y revivir recuerdos hermosos.

*Traducción del inglés de Martha Pulido,
profesora Asociada y coordinadora del Grupo
de Investigación en Traductología de la
Universidad de Antioquia.

El poema “El año que terminó” fue escrito por el poeta Kwaití Ahmad al-Mushari al-Udwani (1923), quien estudió en la Universidad islámica al-Azhar de El Cairo. Desde 1988 se ha desempeñado como Director del Consejo Nacional para la cultura, las artes y la literatura en Kwait, desde donde ha contribuido a la diseminación de ideas y de conocimiento a través del mundo árabe, gracias a las publicaciones seriadas de libros de frecuencia mensual. Su poesía, de carácter escéptico y tonalidad irónica, condensa su método individual, con el que refleja una posición crítica no ortodoxa hacia los aspectos negativos de la vida contemporánea árabe, particularmente en Kwait. En 1980 publicó la colección de poemas *Wings of the Storm* (Alas de la tormenta). Tomado de *The Literature of Modern Arabia. An Anthology*, ed. Salma Khadra Jayyusi, publicado por Kegan Paul International, Londres, New York en asociación con la Universidad King Saud, Riyadh, 1998, pp.548-549; “The Year that has Ended, p. 229).



Un cuento de navidad

Por Martha Pulido

Lugar: Créteil, Francia 1989

Suburbio moderno, gris, desesperanzador.

Protagonistas: pareja de estudiantes
colombianos recién llegados a realizar sus
estudios de posgrado a la Universidad de París
XII, sin beca.

Situación económica: pobreza relativa. El apartamento es amplio: 60 m², calefacción central, teléfono, ventanas, balcones, cortinas, bañera y sanitario privados, cocina, agua caliente, ascensor y portero, lo que despierta en ocasiones la envidia de los que viven en cuartos de último piso, de 9 m², sin ventana, sin bañera, etc. Sin embargo, el presupuesto sólo permite pagar el alquiler, comprar los tickets de restaurante universitario y los tickets de transporte para el mes y reservar con dificultad unos francos para comprar la tarjeta de teléfono; no pueden faltar las llamadas a Colombia. No queda margen para ningún capricho: tomarse un delicioso expreso hecho con café colombiano en algún café parisino, de pie en la barra, está por el momento fuera del alcance de los protagonistas.

Fecha cuasi-trágica: navidad. Los colombianos quieren hacer una fiesta, no se puede vivir en el exilio sin reunirse y celebrar la navidad con los amigos franceses, mexicanos, canadienses. Los estudiantes que viven en los 9 m², pero que toman expreso en la barra, sugieren que la fiesta de navidad se haga en el apartamento de los 60 m², aunque tengan que desplazarse a las afueras de París. La pareja protagonista piensa, duda; claro que no podemos tener invitados y ofrecerles sólo agua. Qué disculpa podemos sacar... que estamos invitados a pasar la navidad con una familia francesa... van a querer que les

prestemos el apartamento y entonces tendremos que pasar la noche en la calle, en el frío decembrino... podemos decir.... que el transporte hasta aquí es muy complicado, más aún siendo navidad... nos dirán que se irán el 25 o el 26 o el día en que haya transporte....

Imposible decir no. Comienza el desasosiego. Hay que decir sí, pero decir la verdad. No podemos ofrecerles nada más que el espacio y abrir unas pocas latas de raviolis (el enlatado en promoción en Carrefour en ese momento). La respuesta es recibida con alegría y el asunto de los raviolis y el vaso de agua pasa como una broma.

Continúa el desasosiego. Es 21 de diciembre y no hay nada más para hacer que leer junto a la calefacción central, de vez en cuando mirar por la ventana desde el apartamento del piso quince: la gente va y viene con paquetes de compras, bien abrigados, caminando rápidamente. Es 22 de diciembre y la idea de los raviolis con agua, recibida como una broma sigue atormentando a los protagonistas, quienes continúan mirando por la ventana, leyendo, mirando de nuevo por la ventana, viendo pasar los transeúntes, preparando café colombiano, regalo de Colombia, mirando de nuevo por la ventana e imaginando la escena del 24 de diciembre: un grupo de gente cariñosa, ruidosa, con ánimos de rumbear,

escena mezclada con los tristes raviolis con agua...

Es 23 de diciembre en la mañana. El desasosiego aumenta. La navidad nunca ha sido la fiesta preferida de los protagonistas. Si no fuera navidad, esta preocupación no tendría por qué estar interrumpiendo sus horas de lectura. De nuevo mirar por la ventana... ver pasar transeúntes... con bolsas de compras... ver pasar transeúntes con bolsas... que parecen de compras... ver pasar transeúntes con bolsas de compras que son todas igualitas...

El ascensor parece eterno para bajar al primer piso, salir del edificio, observar de dónde salen esos transeúntes con esas bolsas igualitas... seguirlos. He ahí el lugar... el personal atiende por orden alfabético. ¡Buenas tardes! ¿Cuál es su apellido? Busque por orden alfabético, allí le dicen si está usted en la lista. ¡Sí, usted está en la lista! ¡Usted también! Tarjeta de identificación, por favor. ¿Sirve el pasaporte?

El ascensor parece eterno para subir hasta el decimoquinto piso, tomar los pasaportes, esperar de nuevo el ascensor y correr hasta la oficina, donde con el pasaporte entregarán a la pareja protagonista sendas bolsas con el logo de la Alcaldía y las felicitaciones navideñas.

Las bolsas son pesadas; afortunadamente, no hay que subir ocho pisos como en las habitaciones de 9 m². El ascensor llevará las pesadas bolsas hasta el piso quince.

Llegados allí, en medio de una explosión de risa abren las bolsas, ofrecimiento de la Alcaldía... Los protagonistas están casi seguros de que se trata de un sueño, de una alucinación causada por la ansiedad, la dieta exigua, las largas horas de lectura, el encierro. Las bolsas se abren y empiezan a salir de allí botellas de vino, botellas de champaña, patés, pollo preparado, jamones, galletas, torta de Navidad, dulces, regalos mantel, gorro navideño... Desde su llegada de Colombia, en el apartamento confortable del decimoquinto piso, nunca se había visto tal cantidad de comida. Todavía en explosión de risa, mezclada con llanto, los protagonistas olvidan por un momento libros y lectura, toman la aspiradora (pues además de nevera y estufa, el apartamento cuenta también con lavadora y aspiradora), limpian vidrios, organizan las mesas con los manteles, y allí exponen elegantemente las abundantes viandas caídas del cielo a la inversa, pues más bien han llegado desde la tierra al cielo del decimoquinto piso.

...

24 de diciembre. Llegada del grupo festivo, saludos, abrazos, besos, risas. Las mesas de abundantes viandas no sorprenden a nadie. El

asunto de los raviolis y el agua queda en la historia de este pasaje por Francia como una broma. Sólo los lectores de estas líneas, conocen la mágica verdad.

* **Martha Pulido.** Profesora Asociada y Coordinadora del Grupo de Investigación en Traductología de la Universidad de Antioquia.